

Seix Barral Biblioteca Formentor



**Nathaniel Philbrick**

---

En el corazón del mar

---





Seix Barral Biblioteca Formentor

---

# Nathaniel Philbrick

## En el corazón del mar

Traducción del inglés por  
Jordi Beltrán

---

Título original: *In the Heart of the Sea*

© Nathaniel Philbrick, 2000

© por la traducción, Jordi Beltrán Ferrar, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: febrero de 2015

ISBN: 978-84-322-2440-9

Depósito legal: B. 604-2015

Composición: Àtona – Víctor Igual, S. L., Barcelona

Impresión y encuadernación: Cayfosa, S. L., Barcelona

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

## ÍNDICE

9	<i>Prólogo: 23 de febrero de 1821</i>
16	La tripulación del <i>Essex</i>
19	1. Nantucket
55	2. Zozobra
78	3. La primera sangre
100	4. Los restos del fuego
120	5. El ataque
140	6. El plan
156	7. En el mar
181	8. Concentración
196	9. La isla
216	10. El gemido de la necesidad
233	11. Juegos de azar
251	12. A la sombra del águila
267	13. El regreso
289	14. Las consecuencias
319	Epílogo: Huesos
331	Notas
395	Bibliografía selecta
409	Agradecimientos

---

# 1

## NANTUCKET

Más adelante recordaría el momento en que subió por primera vez al barco ballenero *Essex* como «el momento más agradable de mi vida»... Tenía catorce años, nariz ancha y rostro franco, ilusionado, y, como a todos los otros chicos de Nantucket, le habían enseñado a «idolatrar la forma de un barco». Quizá el *Essex*, desprovisto de su aparejo y encadenado al muelle, no parecía gran cosa, pero Thomas Nickerson veía en él una oportunidad. Por fin, después de una espera que le había parecido interminable, iba a embarcarse en él.

El cálido sol de julio caía sobre las viejas cuadernas empapadas de aceite y la temperatura bajo cubierta era infernal, pero Nickerson exploró todos los rincones, desde el horno de ladrillo de la instalación para fundir grasa que estaban montando en cubierta hasta las profundidades sin luz de la bodega vacía. En medio había un mundo chirriante, compartimentado, un ser de roble y pino que apeataba a aceite, sangre, jugo de tabaco, comida, sal, moho, brea y humo. «Aunque era negro y feo

---

—escribió Nickerson—, no lo hubiera cambiado por un palacio.»

En julio de 1819, el *Essex* formaba parte de una flota de más de setenta barcos balleneros de Nantucket que surcaban los océanos Pacífico y Atlántico. Con los precios del aceite de ballena subiendo sin parar y la economía del resto del mundo sumida en la depresión, Nantucket iba camino de convertirse en una de las poblaciones más ricas de Norteamérica.

La comunidad formada por unas siete mil personas estaba situada en una colina de suave pendiente abarrotada de casas y coronada por molinos de viento y torres de iglesia. Al decir de algunos, se parecía al elegante y prestigioso puerto de Salem, lo cual era un notable cumplido para una isla situada más de veinte millas en el interior del Atlántico, al sur del cabo Cod. Pero si el grupo de casas, en lo alto de la colina, irradiaba una sensación casi etérea de calma, a sus pies el puerto era un hervidero de actividad. De entre las edificaciones largas y bajas de los almacenes y las soguerías surgían cuatro muelles que se adentraban más de noventa metros en el puerto. Amarrados a los muelles o anclados en el puerto solía haber entre quince y veinte balleneros, junto con docenas de otros barcos más pequeños, principalmente balandras y goletas, que traían y llevaban artículos de comercio. Todos los muelles, laberintos de anclas, calderas para fundir grasa, perchas y toneles de aceite, estaban abarrotados de marineros, estibadores y artesanos. Los carros de dos ruedas tirados por caballos, llamados *calash*, iban y venían continuamente.

Thomas Nickerson ya estaba familiarizado con aquella escena. Desde hacía mucho tiempo el puerto era el paraíso de recreo de los niños de Nantucket. Subían y bajaban

---

por él, remando a bordo de balleneras destartaladas, y se encaramaban al cordaje de los barcos. A ojos de los forasteros era claro que aquellos niños formaban una «clase distintiva de jóvenes, acostumbrados a considerarse marineros predestinados. Subían por los flechastes como monos —hombrecitos de diez o doce años— y se tumbaban en los penoles con la mayor despreocupación». El *Essex* podía ser su primer barco, pero Nickerson se había preparado para el viaje durante casi toda su vida.

No iría solo. Sus amigos Barzillai Ray, Owen Coffin y Charles Ramsdell, todos ellos de entre quince y dieciocho años, navegarían también en el *Essex*. Owen Coffin era primo del nuevo capitán del barco y es probable que llevara a sus tres amigos a la embarcación de su pariente. Nickerson era el más joven del grupo.

El *Essex* era viejo y, con 27 metros de eslora y 238 toneladas de desplazamiento, bastante pequeño, pero en Nantucket tenía fama de ser un barco con buena suerte. Durante los últimos quince años había dado buenos beneficios a sus armadores cuáqueros, puesto que volvía con regularidad cada dos años con aceite suficiente para enriquecerlos. Daniel Russell, su anterior capitán, había hecho un buen trabajo en el curso de cuatro viajes, por lo que le habían encomendado el mando de un barco nuevo y mayor, el *Aurora*. Gracias al ascenso de Russell, el antiguo primer oficial, George Pollard Jr., había asumido el mando del *Essex*, y uno de los arponeros, Owen Chase, había ascendido a primer oficial. Otros tres miembros de la tripulación habían ascendido a la categoría de arponeros. El *Essex* no era sólo afortunado, sino también, al parecer, feliz y, según Nickerson, era «un barco envidiado».

Dado que Nantucket, al igual que cualquier población marinera de la época, era una comunidad obsesionada

---

con los augurios y las señales, la reputación del *Essex* contaba mucho. Con todo, a principios de julio, mientras reparaban y aparejaban el *Essex*, la aparición de un cometa en el cielo nocturno dio que hablar entre los hombres de los muelles.

Nantucket era una población cuyos habitantes vivían en los tejados. Casi todas las casas, con las tejas pintadas de rojo o cubiertas de una pátina gris por la acción de los elementos, tenían instalada en el tejado una plataforma llamada *walk*. Si bien la misión de dicha plataforma era facilitar la tarea de apagar los incendios de las chimeneas echando en ellas cubos de arena, era también un lugar excelente para otear el mar con un catalejo, tratando de avistar las velas de los barcos que regresaban. De noche, los catalejos de Nantucket se dirigían a menudo hacia el cielo, y en julio de 1819, los isleños miraban en dirección al cielo del noroeste. El comerciante cuáquero Obed Macy, que tomaba meticulosamente nota de lo que él mismo consideraba los «acontecimientos más extraordinarios» de la vida de la isla, contemplaba el cielo nocturno desde su casa de Pleasant Street. «Se cree que el cometa (que aparece todas las noches claras) es muy grande a juzgar por su cola insólitamente larga —escribió—, que se extiende hacia arriba en oposición al sol en una dirección casi perpendicular y se desvía hacia el este y casi señala la estrella polar.»

Desde la antigüedad, la aparición de un cometa se interpretaba como señal de que iba a pasar algo fuera de lo común. El *New Bedford Mercury*, el periódico que leían los habitantes de Nantucket a falta de uno propio, manifestó: «Es cierto que la aparición de estos excéntricos visi-



---

tantes ha precedido siempre a algún acontecimiento notable». Pero Macy rechazaba semejante especulación: «El razonamiento filosófico se lo dejamos a la parte científica de la comunidad, pero no cabe duda de que los más ilustrados poseen muy pocos conocimientos fidedignos del asunto de los cometas».

En los muelles y en las oficinas de las compañías navieras se especulaba mucho, y no sólo sobre el cometa. Durante toda la primavera y el verano se había avistado en la costa de Nueva Inglaterra lo que, según el *Mercury*, era un «extraordinario animal marino»: una serpiente de ojos negros, caballunos, y un cuerpo de quince metros que parecía una sarta de barriles flotando en el agua. Cualquier marinero, en especial si era joven e impresionable como Thomas Nickerson, debía de preguntarse, aunque fuera fugazmente, si aquél era, de hecho, el mejor momento para embarcarse y doblar el cabo de Hornos.

La gente de Nantucket tenía buenos motivos para ser supersticiosa. Gobernaba su vida una fuerza de aterradora imprevisibilidad: el mar. Debido a una red de bajíos que cambiaba de manera constante, incluida la barra de Nantucket, a poca distancia de la boca del puerto, el simple hecho de ir y venir de la isla era una lección de navegación a menudo terrible y a veces catastrófica. Especialmente en invierno, cuando las tempestades eran más violentas, los naufragios se sucedían casi todas las semanas. Enterrados por toda la isla se encontraban cadáveres de marineros anónimos que las corrientes habían arrasado hasta las orillas azotadas por las olas. Nantucket, que significa «tierra lejana» en la lengua de los habitantes nativos de la isla, los wampanoag, era un montículo de arena que un océano inexorable iba erosionando, y todos

---

sus residentes, aunque nunca hubieran salido de la isla, conocían de sobra la crueldad del mar.

Los colonizadores ingleses de Nantucket, que empezaron a llegar en 1659, habían tenido presentes los peligros del mar. Albergaban la esperanza de ganarse la vida no como pescadores, sino dedicándose a la agricultura y al pastoreo en aquella media luna cubierta de hierba y moteada de estanques donde no había lobos. Pero los rebaños fueron haciéndose cada vez más grandes al tiempo que crecía el número de granjas y todo ello amenazaba con agotar los recursos naturales del suelo, transformando la isla en una tierra yerma azotada por el viento, así que la gente de Nantucket miró inevitablemente hacia el mar.

Cada otoño, centenares de «ballenas francas» aparecían al sur de la isla y se quedaban hasta comienzos de primavera. Llamadas así por ser ballenas apropiadas para la pesca, las ballenas francas pacían en las aguas de Nantucket como si fueran ganado marítimo, colando el agua de la nutritiva superficie del océano entre las tupidas barbas de sus bocas, en las que había una sonrisa perpetua. Si bien los colonizadores ingleses del cabo Cod y del este de Long Island ya llevaban decenios pescando ballenas, en Nantucket nadie había tenido el valor suficiente para subir a un bote y perseguir a aquellos animales. Todo lo contrario, dejaban que los wampanoag se encargaran de recoger las ballenas que el agua depositaba en la orilla (las llamadas «ballenas flotantes»).

Alrededor de 1690, un grupo de habitantes de Nantucket se encontraba en una colina desde la que se divisaba el océano, donde algunas ballenas expulsaban chorros de agua y jugaban entre sí. Uno de los espectadores hizo un gesto con la cabeza señalando a las ballenas del océa-

---

no que se extendía más allá. «Allí —afirmó— hay unos pastos verdes donde los nietos de nuestros hijos irán a buscarse el pan.» La profecía se cumplió cuando, poco después, un hombre del cabo Cod llamado Ichabod Paddock se sintió tentado de cruzar el estrecho de Nantucket para instruir a los isleños en el arte de matar ballenas.

Sus primeras embarcaciones tenían sólo unos seis metros de eslora y eran botadas desde las playas de la orilla meridional de la isla. La tripulación de una ballenera solía estar formada por cinco remeros wampanoag, con un solo hombre blanco de Nantucket manejando la espadilla. Una vez muerta la ballena, la remolcaban hasta la playa, donde extraían la grasa y la hervían para convertirla en aceite. A comienzos del siglo XVIII, los habitantes ingleses de Nantucket ya habían instituido un sistema de remisión de deudas por medio del trabajo que ponía a su disposición una reserva constante de mano de obra wampanoag. Sin los habitantes nativos de la isla, que superaban en número a la población blanca hasta bien entrado el decenio de 1720, Nantucket nunca hubiera llegado a ser un próspero puerto ballenero.

En el año 1712, un tal capitán Hussey navegaba en su pequeño bote en busca de ballenas francas a lo largo de la orilla meridional de Nantucket cuando un fortísimo viento del norte lo empujó a alta mar. A muchas millas de la costa, avistó varios cetáceos de un tipo que nunca había visto. A diferencia del chorro vertical de la ballena franca, el chorro de las que veía ahora formaba un arco hacia adelante. A pesar de los fuertes vientos y del mar embravecido, Hussey logró arponear y matar uno de dichos cetáceos, cuya sangre y aceite calmaron las aguas de una manera casi bíblica. Hussey se dio cuenta enseguida de

---

que el animal era un cachalote, ya que hacía sólo unos años que el mar había arrojado uno a la orilla del suroeste de la isla. El aceite que se extraía de la grasa del cachalote era muy superior al de la ballena franca, y proporcionaba una luz más brillante y limpia, pero, además, su cabeza, que era casi cuadrada, contenía un inmenso depósito de aceite aún mejor, llamado «espermaceti», que podía sacarse sencillamente con cucharones y meterse en un tonel. (El parecido del espermaceti con el líquido seminal fue el origen del nombre del cachalote.)\* El cachalote podía ser más rápido y más agresivo que la ballena franca, pero también aportaba muchos más recursos. Sin otra fuente de ingresos, los habitantes de Nantucket se dedicaron a la persecución implacable del cachalote y pronto aventajaron a los balleneros del continente y de Long Island, que rivalizaban con ellos.

En 1760, los lugareños de Nantucket prácticamente habían extinguido las ballenas de los alrededores. Pero daba lo mismo: para entonces ya habían agrandado sus balleneros y los habían dotado de hornos de ladrillo y calderas para elaborar aceite en medio del océano. Como ahora no era necesario regresar al puerto tan a menudo para descargar la voluminosa grasa, su flota tenía una autonomía mucho mayor. Al estallar la guerra de la Independencia, los balleneros de Nantucket ya habían llegado al borde del círculo polar ártico, a la costa occidental de África, a la costa oriental de América del Sur y a un lugar tan meridional como eran las islas Malvinas.

En un discurso que pronunció ante el Parlamento en 1775, el estadista británico Edmund Burke dijo que los

\* En inglés, el cachalote se denomina *sperm whale*, literalmente, «ballena de esperma» (o «espermaceti»). (*N. del t.*)

---

habitantes de la isla eran los líderes de una nueva raza norteamericana, un «pueblo reciente» cuyo éxito en la pesca del cachalote había superado la fuerza colectiva de toda Europa. Viviendo en una isla separada del continente casi por la misma distancia que separa Inglaterra de Francia, la gente de Nantucket había adquirido un concepto británico de sí misma como pueblo distinto y superior, ciudadanos privilegiados de lo que Ralph Waldo Emerson llamó la «Nación de Nantucket».

La revolución y la guerra de 1812, durante las cuales la Marina británica saqueaba los barcos que navegaban cerca de la orilla, fueron desastrosas para la pesca de la ballena. Por suerte, los habitantes de Nantucket poseían suficiente capital y experiencia en dicha pesca para superar tales adversidades. En 1819, Nantucket ya iba camino de recuperar su gloria de antaño y, al adentrarse los balleneros en el Pacífico, incluso de superarla. Pero el auge de la pesca de la ballena franca en el Pacífico tuvo un desafortunado efecto secundario. Mientras que antes los viajes duraban por término medio unos nueve meses, ahora era normal que durasen dos y tres años. Nunca había sido tan larga la separación entre los balleneros de Nantucket y sus familiares. Lejos quedaban los tiempos en que los habitantes de Nantucket podían observar desde la orilla cómo los hombres y los chicos de la isla perseguían a las ballenas. Nantucket era ahora la capital ballenera del mundo, pero no eran pocos los isleños que no habían visto ni un cetáceo.

En el verano de 1819, la gente aún hablaba de la vez en que, nueve años antes, se había avistado una manada de ballenas francas al norte de la isla. Rápidamente salieron las balleneras. Una multitud se congregó en la orilla para contemplar con ojos fascinados cómo mataban dos ejem-

---

plares y los remolcaban hasta el interior del puerto. Para la gente de Nantucket fue una revelación. Por fin tenían ante sus ojos dos de los animales de los que tanto habían oído hablar, animales de los cuales dependía su sustento. Uno de ellos fue izado y depositado en el muelle, y antes de que terminara el día, miles de personas —entre ellas, quizá, Thomas Nickerson, que a la sazón contaba cinco años— habían acudido a verlo. Sólo cabe imaginar lo intensa que sería la curiosidad de los habitantes de Nantucket al contemplar el gigantesco animal, y al golpearlo y pincharlo, mientras se decían a sí mismos:

—De modo que es esto.

Nantucket había creado un sistema económico que ya no dependía de los recursos naturales de la isla. Hacía mucho tiempo que el suelo de la isla estaba agotado a causa de una agricultura demasiado intensiva. Las epidemias habían reducido la nutrida población wampanoag de Nantucket a un puñado de personas, lo cual había obligado a los armadores a buscar tripulantes en el continente. Las ballenas habían desaparecido casi por completo de las aguas cercanas. Y, pese a todo, los habitantes de Nantucket seguían prosperando. Un visitante comentó que la isla se había convertido en un «yermo banco de arena, fertilizado solamente con aceite de ballena».

Durante todo el siglo XVII, los habitantes ingleses de Nantucket opusieron resistencia a todos los intentos de fundar una iglesia en la isla, en parte porque una mujer llamada Mary Coffin Starbuck lo prohibía. La gente decía que en Nantucket no se hacía nada importante sin la aprobación de dicha mujer. Mary Coffin y Nathaniel

---

Starbuck habían sido la primera pareja inglesa en casarse en la isla, en 1662, y habían fundado un lucrativo negocio para comerciar con los wampanoag. Cada vez que un ministro llegaba a Nantucket con la intención de fundar una iglesia, Mary Starbuck lo rechazaba con firmeza. Luego, en 1702, Mary sucumbió a un carismático ministro cuáquero llamado John Richardson. El ministro habló ante un grupo de personas reunidas en la sala de estar de los Starbuck y consiguió hacer llorar a Mary. La conversión de Mary Starbuck al cuaquerismo fue el origen de la singular fusión de espiritualidad y codicia que haría posible el auge de Nantucket como puerto ballenero.

Los cuáqueros o, por decirlo con más propiedad, los miembros de la Sociedad de Amigos, dependían de su propia experiencia en lo referente a la presencia de Dios, la «luz interior», como guía en lugar de depender de la interpretación de las Escrituras efectuada por un ministro puritano. Pero no puede decirse que los cuáqueros de Nantucket, cuyo número crecía sin parar, fueran librepensadores. Tenían la obligación de seguir reglas de conducta que se determinaban durante las reuniones anuales y fomentaban un sentido de la comunidad que estaba controlado tan cuidadosamente como el de cualquier sociedad de Nueva Inglaterra. Si había una diferencia, era que los cuáqueros creían en el pacifismo y rechazaban de forma consciente la ostentación mundana: dos principios que no debían entorpecer, de ninguna manera, la capacidad de una persona para ganar dinero. En vez de construir casas lujosas o comprar ropa elegante, los cuáqueros de Nantucket reinvertían sus beneficios en la pesca de la ballena. Gracias a ello, podían hacer frente a los momentos desfavorables que arruinaban a tantos balleneros del continente, y los hijos de Mary Starbuck, junto con sus

---

primos Macy y Coffin, pronto fundaron una dinastía ballenera cuáquera.

Los naturales de Nantucket no veían ninguna contradicción entre su medio de vida y sus creencias religiosas. Dios en persona les había concedido el dominio sobre los peces del mar. Peleg Folger, ballenero de Nantucket convertido en presbítero cuáquero, lo expresó en verso:

*Tú, oh, Señor, creaste la poderosa ballena,  
ese monstruo maravilloso de tremendo tamaño;  
vastos son su cabeza y su cuerpo, vasta su cola,  
inconcebible su ilimitada fuerza.*

*Pero, Dios eterno, tú ordenas  
que nosotros, pobres y débiles mortales, nos enfrentemos  
(en busca de nuestro sustento y el de nuestras esposas e hijos)  
a este monstruo terrible con furia marcial.*

Aunque los cuáqueros dominaban la economía y la cultura de Nantucket, en la isla había sitio para otras doctrinas, y a principios del siglo XIX ya existían dos iglesias congregacionalistas, una en el norte y otra en el sur de la población. Sin embargo, todos compartían una misión común imbuida de espiritualidad: llevar una vida pacífica en tierra mientras se hacían estragos sangrientos en el mar. Matarifes pacifistas, millonarios vestidos con sencillez, los balleneros de Nantucket simplemente cumplían la voluntad del Señor.

La población que Thomas Nickerson conocía presentaba un aspecto desastroso. Bastaba dar un paseo por sus calles estrechas y arenosas para descubrir que, a pesar de las majestuosas torres de las iglesias y alguna mansión que



---

otra, Nantucket era muy distinta de Salem. «Los buenos ciudadanos [de Nantucket] no parecen enorgullecerse de la regularidad de sus calles [ni] de la pulcritud de sus aceras», comentó un visitante cuáquero. Las casas eran de tejas planas, carecían de pretensiones y, las más de las veces, incluían cosas que procedían de barcos viejos. «Las escotillas van muy bien para servir de puente sobre los arroyos de las calles...; un tablón procedente de la popa de un barco —con el nombre del mismo— cumple el doble propósito de construir una valla e informar al forastero que pueda haberse extraviado de en qué población se encuentra.»

En vez de utilizar los nombres oficiales que se habían dado a las calles con fines tributarios en 1798, los habitantes de Nantucket hablaban de «la calle de Elisha Bunker» o «la del capitán Mitchell». «Los habitantes viven juntos como una gran familia —escribió Walter Folger, que había nacido en la población y casualmente era uno de los armadores del *Essex*—, no en una única casa, sino en la amistad. No sólo conocen a sus vecinos más cercanos, sino que cada uno de ellos conoce a todos los demás. Si deseáis ver a un hombre, lo único que tenéis que hacer es preguntar al primer habitante con el que os crucéis, y os podrá llevar a su domicilio, deciros a qué se dedica y daros cualquier otro detalle que os pueda interesar.»

Pero incluso en el seno de esta comunidad familiar tan unida había distinciones, y Thomas Nickerson tenía un pie dentro y otro fuera. La triste realidad era que si bien la madre de Nickerson, Rebecca Gibson, era natural de Nantucket, su padre, Thomas Nickerson, había nacido en el cabo Cod, y su hijo Thomas había venido al mundo en Harwich, en 1805. Seis meses más tarde, sus padres

---

se trasladaron con él y sus hermanas a la otra orilla del estrecho, a Nantucket. Era demasiado tarde, aunque sólo hubieran transcurrido seis meses. La gente de Nantucket veía con malos ojos a las personas que no eran naturales de la isla. Las llamaban «forasteros» o, peor aún, *coofs*,\* término despreciativo que en un principio se reservaba a los naturales del cabo Cod pero que luego se amplió para dar cabida en él a todos los que habían tenido la mala suerte de nacer en el continente.

Quizá Thomas Nickerson hubiera gozado de cierto respeto si su madre hubiese pertenecido al menos a alguna vieja familia de Nantucket, con un apellido como Coffin, Starbuck, Macy, Folger o Gardner. Pero no era así. En una isla donde muchas familias podían afirmar que descendían directamente de alguno de los «primeros colonizadores», unos veinte, más o menos, los Gibson y los Nickerson carecían de la red de primos que sostenía a la mayor parte de los naturales de Nantucket. «Quizá no haya otro lugar en el mundo, de igual magnitud —decía Obed Macy—, donde los habitantes [estén] tan relacionados por la consanguinidad como en éste, lo cual contribuye en gran medida a la armonía de la gente y a su apego al lugar.» Owen Coffin, Charles Ramsdell y Barzillai Ray, los amigos y camaradas de a bordo de Nickerson, podían considerarse miembros de este grupo. Thomas podía jugar con ellos, hacerse a la mar con ellos, pero muy en el fondo comprendía que por más que lo intentase era, en el mejor de los casos, sólo un *coof*.

El lugar donde vivía una persona en Nantucket dependía de su posición en la industria ballenera. Si era armador o comerciante, lo más probable era que viviese en

\* Literalmente, «persona tonta o estúpida». (*N. del t.*)

---

Pleasant Street, apartada en la colina, el punto más alejado del ruido y el hedor de los muelles. (En los decenios posteriores, a medida que sus ambiciones requirieron más espacio y visibilidad, estos personajes importantes se desplazaron hacia Main Street.) Los capitanes, en cambio, tendían a escoger la calle desde la que mejor se veía el puerto: Orange Street. Desde una casa del lado oriental de esa calle, un capitán podía observar cómo aparejaban su barco en el muelle y seguir la actividad del puerto. Los oficiales, por regla general, vivían a los pies de esta colina («bajo el talud», según se decía), en Union Street, a la sombra de los domicilios que aspiraban a poseer algún día.

En la esquina de las calles Main y Pleasant estaba la inmensa South Meeting House\* de la Sociedad de Amigos, construida en 1792 con restos del derribo de la todavía mayor Great Meeting House que en otro tiempo se alzaba junto al campo sin lápidas del cementerio cuáquero, al final de Main Street. Que Nickerson hubiese sido educado como congregacionista no significaba que nunca hubiera entrado en esta *meeting house* cuáquera o en la de Broad Street. Un visitante afirmó que casi la mitad de las personas que asistían a una típica reunión de cuáqueros no eran miembros de la Sociedad de Amigos. A principios de aquel verano, el 29 de junio, Obed Macy dejó constancia de que dos mil personas (más de una cuarta parte de la población de la isla) habían asistido a una reunión pública de cuáqueros en la South Meeting House.

Aunque muchas personas iban a la *meeting house* por el bien de sus almas, los adolescentes y los jóvenes que

\* Los cuáqueros no tienen templos, sino que celebran el culto en «casas de reunión», es decir, *meeting houses*. (N. del t.)

---

rondaban los veinte años tendían a asistir por otros motivos. Ningún otro lugar de Nantucket ofrecía mejor oportunidad para que los jóvenes conocieran a miembros del sexo opuesto. Charles Murphey, natural de Nantucket, describió en un poema cómo los muchachos como él utilizaban los largos intervalos de silencio típicos de una reunión de cuáqueros:

*Para sentarse con ojos ansiosos dirigidos  
a toda la belleza allí agrupada  
y mirar, maravillados, durante las reuniones,  
la diversidad de formas y figuras.*

Otro lugar donde se reunían los jóvenes enamorados era la cadena de colinas que había detrás de la población, allí donde se alzaban los cuatro molinos de viento. Desde aquel punto las parejas podían disfrutar de una vista espectacular de la población y el puerto de Nantucket, con el flamante faro en el extremo de Great Point visible a lo lejos.

Si hay algo que sorprende es lo raro que resultaba que la gente de Nantucket, incluso las personas jóvenes y aventureras como Nickerson y compañía, fuesen más allá de las puertas de la pequeña población. «Tan pequeña como es [la isla] —reconoció en una carta un comerciante de aceite de ballena—, nunca estuve en el extremo occidental ni en el oriental, y diría que durante algunos años no me he alejado dos kilómetros de la población.» En un mundo de ballenas, serpientes marinas y señales de presagios en el cielo nocturno, todos los habitantes de Nantucket, tanto balleneros como hombres de tierra, veían la población como un refugio, un lugar vallado donde las costumbres eran conocidas y las alianzas, an-

---

cestrales, eternas: un sitio que podían considerar su hogar.

Las pasiones se agitaban debajo de la fachada cuáquera de Nantucket. La vida podía parecer sobria y ordenada mientras centenares, a veces miles, de personas se dirigían a la reunión todos los jueves y domingos, los hombres con sus largas chaquetas oscuras y sus sombreros de ala ancha, las mujeres con sus vestidos largos y sus sombreroitos confeccionados primorosamente. Pero aparte del cuaquerismo y del acervo común, otros factores impulsaban la psique de Nantucket, en particular la obsesión por la ballena. Por más que sus habitantes intentaran ocultarlo, había salvajismo en la isla, un ansia de sangre y un orgullo que ataba a todas las madres, a todos los padres y a todos los hijos en un compromiso exclusivista con la pesca.

Al joven de Nantucket se le empezaba a marcar desde muy pequeño. Entre las primeras palabras que aprendía un bebé estaban las que eran propias de la pesca: *townor*, por ejemplo, palabra wampanoag que significaba que se había avistado la ballena por segunda vez. Las historias que se contaban a la hora de acostarse hablaban de matar ballenas y eludir a los caníbales del Pacífico. Una madre contaba en tono de aprobación cómo su hijo de nueve años ató un tenedor en el extremo de un ovillo de hilo de zurcir y luego procedió a arponear al gato de la familia. La madre entró por casualidad en la habitación justo en el momento en que el aterrizado animalito trataba de escapar y, sin saber a ciencia cierta lo que estaba pasando, recogió el ovillo. Al igual que un arponero veterano, el chico gritó:

---

—¡Mira, mamá! ¡Fila! ¡Por allí resopla, en la ventana!

Se rumoreaba que en la isla había una sociedad secreta integrada por mujeres jóvenes que prometían casarse sólo con hombres que ya hubieran matado una ballena. Para ayudar a estas jóvenes a identificarles como pescadores, los arponeros lucían calzos (pequeños calzos de roble que se utilizaban para que el cable del arpón no saliera de la ranura de la amura de la ballenera) en la solapa. Los arponeros, soberbios atletas con aspiraciones de llegar a capitán y hacer fortuna, eran considerados los mejores partidos entre los solteros de Nantucket.

En vez de brindar a la salud de una persona, los brindis de los hombres de Nantucket eran de carácter más sombrío:

*Muerte a los que viven,  
larga vida a los que matan.  
Éxito a las esposas de los marineros  
y grasienta suerte a los balleneros.*

A pesar del tono de bravuconada de este poemita, la muerte era una realidad de la vida con la cual estaban plenamente familiarizados todos los habitantes de Nantucket. En 1810 había en la población cuarenta y siete niños sin padre, a la vez que casi una cuarta parte de las mujeres de más de veintitrés años (la media de edad en que se contraía matrimonio) habían enviudado por culpa del mar.

En la vejez, Nickerson todavía visitaba las sepulturas de sus padres en el viejo cementerio del norte. No cabe duda de que en 1819, durante las últimas semanas antes de zarpar a bordo del *Essex*, visitó su parcela de hierba vallada y requemada por el sol y anduvo entre sus lápidas

---

inclinadas. El padre de Nickerson había sido el primero de sus progenitores en morir, el 9 de noviembre de 1806, a la edad de treinta y seis años. Su lápida rezaba:

*Aplastados como la polilla bajo tu mano  
en polvo nos convertimos,  
nuestras débiles facultades nunca pueden perdurar  
y toda nuestra belleza se pierda.*

La madre de Nickerson, que había dado a luz cinco hijos, murió antes de que transcurriera un mes, a la edad de veintiocho años. La mayor de sus hijas vivas tenía ocho; su único hijo aún no había cumplido dos. En la lápida de su madre se leía:

*Esta vida mortal declina a paso acelerado,  
qué pronto revienta la burbuja.  
Adán y toda su numerosa especie  
son vanidad y humo.*

Nickerson, al que criaron sus abuelos, no era el único huérfano a bordo del *Essex*. Su amigo Barzillai Ray también había perdido a ambos progenitores y Owen Coffin y Charles Ramsdell habían perdido a sus respectivos padres. Puede que esto fuera el lazo que más estrechamente los unía: cada uno de ellos, como tantos hijos de Nantucket, era un niño sin padre para el cual un oficial de barco sería mucho más que un capataz exigente; sería, muy posiblemente, la primera figura masculina con autoridad que los chicos habían conocido en su vida.

Quizá ninguna otra comunidad de antes o después se ha visto nunca tan dividida por su compromiso con el trabajo. Para un pescador de ballenas y su familia, era un

---

régimen duro: de dos a tres años de ausencia y de tres a cuatro meses en casa. Con sus hombres ausentes durante tanto tiempo, las mujeres de Nantucket estaban obligadas no sólo a criar a los hijos, sino también a llevar muchos de los negocios de la isla. Eran principalmente las mujeres quienes mantenían la compleja red de relaciones personales y comerciales que hacía que la comunidad funcionase sin interrupción. J. Hector St. John de Crèvecoeur, cuya obra clásica *Letters from an American Farmer* describe su prolongada estancia en la isla unos cuantos años antes de que estallara la revolución, sugirió que la «prudencia y buena administración [de las mujeres de Nantucket] [...] con justicia les da derecho a una categoría superior a la de otras esposas».

El cuaquerismo reforzaba la fortaleza de las mujeres. Hacía hincapié en la igualdad espiritual e intelectual de los sexos y con ello fomentaba una actitud que estaba en armonía con lo que cada día se demostraba claramente a todos los habitantes de Nantucket: que las mujeres, que allí tendían a ser más instruidas que los hombres, eran tan inteligentes y estaban tan capacitadas como sus compañeros masculinos.

Por necesidad y por decisión propia, las mujeres de la isla llevaban una vida social activa, visitándose unas a otras con una frecuencia que Crèvecoeur calificó de incesante. Estas visitas servían para algo más que para intercambiar chismorreos. Eran el marco en el que se llevaban a cabo muchas transacciones comerciales de la población. La feminista decimonónica Lucrecia Coffin Mott, que nació y se crio en Nantucket, recordó que un marido que acababa de volver de viaje solía ir detrás de la esposa, acompañándola a las reuniones con otras esposas. Mott, que más adelante se mudaría a Filadelfia, comentó que



---

esta costumbre resultaba muy extraña a las personas que vivían en el continente, donde los sexos se movían en esferas sociales totalmente distintas.

Algunas de las esposas de Nantucket se adaptaban muy bien al ritmo de la pesca del cachalote, es decir, tres años de ausencia y tres meses en casa. La nativa de la isla Eliza Brock escribió en su diario lo que llamó la «Canción de la muchacha de Nantucket»:

*Entonces me apresuraré a casarme con un marinero y mandarlo  
[al mar,  
porque una vida independiente es la vida que me agrada.  
Pero de vez en cuando me gustará ver su cara,  
porque siempre me parece que sonrío con gracia varonil,  
con su frente tan noble y despejada, y sus ojos negros y  
[bondadosos,  
oh, mi corazón late cariñosamente por él siempre que está cerca.  
Pero cuando dice: «Adiós, amor mío, me voy a cruzar el mar»,  
primero lloro porque se va, luego río porque soy libre.*

La mujer de Nantucket asumía su poder y su responsabilidad el día de su boda. «Apenas han pasado por esta ceremonia —dijo Crèvecoeur— cuando dejan de parecer tan animosas y alegres; la nueva categoría que tienen en la sociedad les inculca ideas más serias que las que tenían antes [...] La nueva esposa [...] aconseja y dirige gradualmente [el hogar]; el nuevo esposo pronto se hace a la mar; la deja aprendiendo y ejerciendo el nuevo poder que ha adquirido.»

Para eterna indignación de los posteriores defensores de Nantucket, Crèvecoeur afirmó que muchas de las mujeres de la isla se habían vuelto adictas al opio: «Durante todos estos años han adoptado la costumbre asiática de tomar una dosis de opio todas las mañanas, y tan profundamente arraigada está que no sabrían vivir sin darse este

---

gusto». Por qué tomaban la droga es quizá imposible de determinar después de tanto tiempo. Con todo, el retrato que se nos presenta —el de una comunidad de gente decidida y trabajadora que intentaba sobrellevar una soledad que podía abrumarla— tal vez haga más fácil comprender en las mujeres la dependencia del opio. Puede que la facilidad con que se obtenía la droga en la isla (el opio formaba parte del contenido del botiquín de todos los barcos balleneros), unida a la riqueza de los habitantes, también contribuya a explicar por qué su consumo era tan grande en Nantucket.

Pocas dudas caben de que la intimidad —física además de emocional— entre una esposa y un esposo debía de ser difícil en el brevísimo espacio de tiempo, unos pocos meses, entre un viaje y el siguiente. Una leyenda de la isla afirma que las mujeres de Nantucket superaban las largas ausencias del marido utilizando unos artefactos sexuales llamados «él está en casa». Aunque esta afirmación, al igual que la del consumo de droga, parece contradictoria con la sobria reputación cuáquera de la isla, en 1979 se descubrió un pene de yeso de unos quince centímetros de longitud (junto con un fajo de cartas del siglo XIX y una botella de láudano) escondido en la chimenea de una casa del distrito histórico de Nantucket. El hecho de que fueran «esposas superiores» no quería decir que las mujeres de la isla no sintieran deseos físicos corrientes. Al igual que sus esposos, las mujeres de Nantucket eran seres humanos normales que trataban de adaptarse a una forma de vida sumamente anormal.

Puede que Thomas Nickerson disfrutara de sus primeros momentos a bordo del *Essex*, explorando su interior os-

---

curo y caluroso, pero la ilusión se desvaneció pronto. Durante las tres semanas siguientes de aquel verano, el más cálido que se recordaba, Nickerson y la tripulación del *Essex*, que iba formándose poco a poco, trabajaron para preparar el barco. Incluso en invierno, los muelles de Nantucket, que estaban cubiertos por una capa de arena empapada de aceite, apestaban tanto que la gente decía que al pasar el faro de Brant Point no se veía Nantucket, sino que se olía. En julio y agosto de aquel año el hedor que se alzaba del muelle debía de ser lo bastante acre como para producir náuseas incluso a un pescador de ballenas veterano.

En aquel tiempo era costumbre en Nantucket que los tripulantes recién contratados ayudasen a preparar el barco para el próximo viaje. En ninguna otra parte de Nueva Inglaterra se esperaba de un marinero que ayudase a aparejar y aprovisionar su barco. Para eso estaban los aparejadores, los estibadores y los abastecedores. Pero en Nantucket, cuyos comerciantes cuáqueros eran famosos por su capacidad de reducir los costes e incrementar los beneficios, imperaba una costumbre diferente.

Los pescadores de ballenas no trabajaban a cambio de un salario; les pagaban una parte o quiñón —una porción de los ingresos totales que se determinaba de antemano— al final del viaje. Esto quería decir que el trabajo que un armador pudiera obtener de un marinero antes del viaje era, en esencia, gratis o, al modo de ver de Nickerson, «un donativo en trabajo» por parte del marinero. A veces el armador adelantaba un poco de dinero para que el marinero pudiese comprar la ropa y los utensilios necesarios para la travesía, pero el importe del anticipo se descontaba (con intereses) del quiñón al concluir el viaje.